Vol. 2, núm. 1, 2026 | INESLE, Congreso del Estado de México | DOI: https://doi.org/10.67555/tl.v2i1.107

La casona histórica de Hidalgo 405: el reto de preservar; la libertad de pensar

Ana María López[1]
Congreso del Estado de México

El Instituto de Estudios Legislativos del Congreso del Estado de México ocupa, desde el 23 de febrero de 2004, la casona de Hidalgo 405 en el centro histórico de Toluca, esta ciudad alguna vez admirada por el esplendor de su peculiar arquitectura. En casi 200 años, el inmueble ha logrado permanecer como testimonio de esa grandeza para albergar hoy una institución académica que sustenta su labor en la libertad de pensamiento. Tres expertos cuentan aquí esta historia: Margarita García Luna Ortega y Gerardo Novo Valencia (quienes fueron cronistas de la capital) y su restaurador, el arquitecto Enrique Méndez Sosa.

Palabras clave

Toluca

Patrimonio histórico

Restauración

Preservación

Arquitectura

DOI: https://doi.org/10.67555/tl.v2i1.107

CC BY NC SA

Edad incierta

Cuartel Viejo 9, Santos Degollado 9, Libertad 55, Morelos 53, Hidalgo 313 e Hidalgo 405 han sido las nomenclaturas de la casa a lo largo de su historia. De ello se tiene certeza, pero no así de su edad precisa. El primer dato es el consignado por quien fue historiadora y cronista de la ciudad, Margarita García Luna Ortega, en su libro *La casa de la avenida Hidalgo Poniente 313*: los inicios de la década de 1850, cuando fue propiedad del médico Miguel Rayón, su tercer dueño.

La fecha exacta de su construcción se ha perdido en el tiempo, pues hasta hoy no ha sido localizado ningún documento con antecedentes al respecto. En el Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en la ficha correspondiente (con clave I-15-00439), solo se anota que la época de su edificación es el siglo XIX.

[1] Ana María López. Periodista. Redactora y correctora de estilo en el Instituto de Estudios Legislativos del Congreso del Estado de México.
Contacto: ana.sandoval@congresoedomex.gob.mx.

Sin embargo, hay alguien que, a partir de las características estructurales y de los partidos arquitectónicos de la edificación, de las técnicas de construcción y de los materiales utilizados, de la distribución de los espacios, del entorno urbano y de los hechos históricos ha podido delimitar un periodo probable entre 1830 y 1850.

Se trata de Enrique Méndez Sosa, el arquitecto que hace 23 años asumió la tarea de devolver a la vida una casona que fue pieza importante de la magnificencia de aquella ciudad que mantuvo el apelativo de "la bella" por décadas; una casa que resistió los rigores de la vida cotidiana, una invasión extranjera, una batalla entre conservadores y liberales, el paso de las fuerzas zapatistas, años de olvido y la "inaudita depredación del patrimonio histórico en la ciudad de Toluca", en palabras de Méndez Sosa, ejecutada en los años sesenta del siglo XX, durante el gobierno de Juan Fernández Albarrán.

Toluca la fea

En aquel 1830 Toluca era una ciudad pequeña y desaliñada. Si su aspecto —carente del brillo y señorío de otras urbes— hubiera sido un factor determinante, nadie habría imaginado que sería elegida capital del Estado de México. Pero así fue.

Gerardo Novo Valencia, quien ha dedicado a la crónica de la ciudad más de cincuenta años, tiene una hipótesis sobre la fisonomía de Toluca en la época. Opina que la definió el sello de pobreza, modestia y humildad característico de los franciscanos que evangelizaron la región y el uso de materiales locales que no son como las canteras de otras ciudades, dóciles al cincel y buenas para la floritura. Por esas razones —estima—, no había edificios con el decoro necesario para albergar a los poderes.

En una entrevista publicada en el número 9 de la revista *Diálogo* (2022), Novo Valencia cuenta que el propio Congreso no tenía dónde sesionar, y en el templo que hoy conocemos como de Santa María de Guadalupe —consagrado en aquellos años a San Juan de Dios—, se desmontaron los altares, el púlpito y las imágenes para convertirlo en sede de la Cámara.

Enrique Méndez, por su parte, y sin coincidir con la idea de Novo Valencia sobre el estilo franciscano, resalta otras razones de la deslucida apariencia de Toluca, tales como su arquitectura vernácula, la inmundicia derivada de la actividad de las tenerías que contaminaron el río Verdiguel —que en náhuatl se llamaba Xicoaltenco, "el de las márgenes floridas"—, el hecho de que fuera una ciudad de paso y el caos del que Mario Colín Sánchez habló años después en sus crónicas.

En lo que sí concuerdan el cronista y el restaurador es en la figura del ilustre toluqueño que le dio a la ciudad la traza digna de una capital: José María González Arratia, promotor de la construcción de los portales, el elemento más distintivo de Toluca aún hoy.

Esa, la década de 1830, es la que Enrique Méndez Sosa señala como probable periodo en el que pudo levantarse la casa. Eran tiempos en los que el furor por construir era grande y la ciudad comenzaba su lenta pero radical metamorfosis.

En este escenario también jugó un papel relevante el célebre Instituto Literario, trasladado en 1833 desde su sede primaria en San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpan). "Su tarea —puntualiza Novo Valencia— fue importantísima en aquel siglo XIX de conflictos y guerras". Y de invasiones...

Entre el 8 de enero y el 31 de mayo de 1848, durante la intervención estadounidense, Toluca fue tomada por tropas al mando del general George Cadwalader que, a decir de la investigadora del Colegio Mexiquense Pilar Iracheta Cenecorta, "ocuparon por la fuerza las casas de familias toluqueñas, el hospital de San Juan de Dios, el convento de San Francisco, el edificio del Beaterio y la Alameda, la cual dejaron destruida". Como remanente quedaron también epidemias de sarampión, disentería y otras enfermedades.

Margarita García Luna retrata así el panorama que primaba en la ciudad al concluir la primera mitad del siglo XIX:

> Cundían el dolor, la enfermedad y la muerte debido a que las epidemias azotaban a su población: niños y adultos morían ante el ataque masivo de la viruela, del cólera o de las enfermedades pulmonares, que saturaban de cadáveres los cementerios y vestían de luto los hogares toluqueños.

Precisamente, la primera, aunque breve historia que esta casona cuenta a través del relato de la cronista es la de Miguel Rayón, uno de los médicos comisionados por las autoridades para socorrer a las víctimas. Antes de Rayón tuvo dos propietarios: primero, María Gertrudis Valdés, y después, Francisco del Pozo.

"La casa se componía de varias piezas altas y bajas, corredores, dos patios y un corral: los muros eran de adobe cubiertos de azotea". Esta descripción aparece en el citado libro de Margarita García Luna, donde también se da cuenta de la venta de la propiedad por parte de Miguel Rayón a don Trinidad Uribe, el 24 de octubre de 1851, en 2 300 pesos.

En el libro, editado por el Poder Legislativo del Estado de México en 2003, la cronista relata que Uribe la conservó durante varias décadas. En ese lapso la nomenclatura de las calles del centro cambió y Cuartel Viejo se llamó Santos Degollado. A la muerte de Trinidad Uribe, su viuda, Paula del Valle, y sus hijas, María Trinidad y María Dolores, quedaron como sus herederas, y al morir la madre, la casa quedó en manos de María Trinidad. Era la década de los ochenta del siglo XIX.

Ese fue el tiempo en el que Toluca empezó a tornarse fastuosa gracias a la presencia de afamados arquitectos como Ramón Rodríguez Arangoiti, constructor del que Enrique Méndez define como "el portentoso palacio de gobierno", que ahora es del Poder Judicial y que fue uno de los edificios afectados por la intervención de Vicente Mendiola, en el siglo XX, encargado de concretar las ideas "modernizadoras" de Juan Fernández Albarrán.

Toluca la bella

A finales del siglo XIX y principios del XX, Toluca mostraba ya un rostro distinto. "Era una ciudad de reminiscencias clásicas increíblemente bella, pequeñita, reluciente, limpia; una joya", dice Enrique Méndez, defensor incansable de lo que queda del legado histórico que floreció con José Vicente Villada como gobernador del Estado de México de 1889 a 1895 y de 1897 a 1904.

El arquitecto imagina una hipotética conversación entre el presidente Porfirio Díaz y Villada: "Te vas a Toluca y la arreglas", y el gobernador, solícito, proclamó entonces la reorganización y el embellecimiento de la ciudad.

María Trinidad Uribe seguía siendo propietaria del inmueble de Santos Degollado 9 en 1898, y en ese contexto de hermoseamiento del centro toluqueño solicitó al ayuntamiento una licencia para modificar la fachada.

Méndez Sosa destaca que la estructura de la edificación permaneció, aunque la fachada adoptó la configuración austera característica de la arquitectura de finales del siglo XIX. Resaltan en ella todavía las palmas de cantera que —explica— son un símbolo de bienvenida.

Libertad 55

De acuerdo con el relato de Margarita García Luna, y parafraseándola, la historia transcurrió así:

En 1899 el inmueble cambió de dueño nuevamente. María Trinidad Uribe lo vendió a José Valdés Bernal en 6 000 pesos, y este, dos años después, a Alejandro Pliego, quien lo conservó por casi un cuarto de siglo.

Para entonces, la calle de Santos Degollado había vuelto a cambiar de nombre; ahora se le llamó Libertad, y a la casa se le adjudicó el número 55. Libertad 55.

En 1926 José Valdés la recuperó mediante un juicio hipotecario en contra de Alejandro Pliego hijo, por un préstamo no liquidado. Para ese momento, según el avalúo

realizado por los ingenieros juristas Armodio del Valle y Carlos Garduño Guzmán, tenía un valor de 22 174 pesos.

La cronista reproduce en su libro una extensa conversación con la escritora Carmen Rosenzweig, quien la habitó siendo una niña. La madre de Carmen, Ana Margarita, hija de José Valdés Bernal y casada con Jenaro de Rosenzweig y Díaz, murió en 1930. Carmen tenía apenas cuatro años y su hermano Jenaro, cinco. Poco después la propiedad fue adquirida por el padre en nombre de ambos menores de edad.

En el recuerdo de Carmen Rosenzweig, la casa era

> ... imponente por su extensión y muy hermosa porque era la nuestra, en realidad se componía de dos bloques independientes de habitaciones; en la parte alta vivía mi tío Guillermo, hermano de mi padre, y su familia, nosotros ocupábamos en la parte posterior del inmueble una casita que indudablemente debió haber sido construida con posterioridad a la primera. Aunque independientes, había una sola entrada para ambas. El portón nuestro de acceso daba al patio principal.

En 1953, y tras 20 años de ser sus propietarios, los Rosenzweig vendieron la casa a Francisco Díaz Guzmán. Recibieron 32 000 pesos. Díaz Guzmán murió en 1973, y entonces pasó, por juicio sucesorio intestamentario, a propiedad de su viuda, Enriqueta Gómez Tagle de Díaz.

Lo que sucedió en las tres décadas posteriores también se ha ido desvaneciendo en el tiempo y no hay en los archivos consultados registros puntuales al respecto, aunque sí se sabe que en esta casa funcionaron una oficina de correos, una escuela de comercio y un hotel y que, como el resto del centro de la ciudad, sufrió un evidente deterioro al grado de que, recuerda Méndez Sosa, era difícil imaginar las condiciones de lo que había detrás del portón y de la fachada centenaria que, a pesar de todo, lograron conservar su elegancia.

El 25 de noviembre de 2002, María de los Ángeles Díaz de Barrera y Óscar Eduardo Barrera Echeverri vendieron la que se convertiría en la sede definitiva del INESLE al Poder Legislativo del Estado de México, que la adquirió por 4 200 000 pesos, de acuerdo con el Folio Real 00334593 del Registro Público de la Propiedad del Estado de México.

En ese momento se encontraba en funciones la LIV Legislatura, cuya Gran Comisión estaba integrada por los diputados Arturo Osornio Sánchez, Alfredo Gómez Sánchez, Aarón Urbina Bedolla, Valentín González Bautista, Mario Enrique del Toro, Hesiquio López Trevilla, José Antonio Saavedra Coronel, Alberto Martínez

Miranda, Óscar González Yáñez, Víctor Manuel Flores Pérez, María Rosalba Raquel Ruenes Gómez y José Ramón Arana Pozos.

Poco después, el arquitecto Enrique Méndez Sosa emprendió la tarea de restaurar la casa de 27 piezas y 949.93 metros cuadrados, testimonio de una época de grandeza que ha ido desapareciendo aceleradamente.

Volver a vida

En entrevista, y antes de adentrarse en la historia de la restauración, Enrique Méndez hace una declaración desde la posición de quienes, como él, libran batallas cotidianas para detener la destrucción del legado patrimonial de Toluca: "La arquitectura de la ciudad ha sido devastada ignominiosamente por gobiernos, instituciones y los propios toluqueños. Un factor de esta depredación es la especulación con los terrenos del centro histórico".

Los datos que Méndez Sosa aporta son contundentes: en 2012 Toluca tenía 612 inmuebles de carácter patrimonial (construidos del siglo XVI y hasta 1950), mientras que hoy quedan 434. Es decir, en 14 años se ha perdido casi 30 % de ese patrimonio.

Es en ese contexto en el que Méndez Sosa coloca la importancia de restaurar —con los materiales y las técnicas originales— una construcción que testimonia aquel esplendor, como la de Hidalgo 405.

La incorporación de Méndez Sosa a la obra se dio por invitación de los arquitectos que la iniciaron y que al poco tiempo la dejaron. Así que él, con apenas 33 años, se quedó al frente. Calcula que la restauración completa costó aproximadamente 10 000 000 de pesos de aquellos años.

Recuerda que, al iniciarse los trabajos en 2003, la casa se encontraba en pésimas condiciones. Después de haber sido habitada en el siglo XIX y dos terceras partes del XX por familias adineradas de Toluca, acabó siendo una vecindad.

"Estaba completamente olvidada, en desuso; había desorden en los patios, en los interiores; basura, escombros. El segundo patio estaba lleno de bañitos, de espacios improvisados. Era asombroso ver que una casa con una fachada tan elegante, y que todo mundo pensaba que adentro iba a estar igual, en realidad estaba completamente descuidada. Durante un año y dos meses que duró la obra, esto fue un mundo de maestros por aquí y por allá".

Materiales y técnicas ancestrales

Cuando, como en este caso, se desconoce la fecha en la que un edificio se construyó, es posible encontrar pistas en sus características arquitectónicas. Méndez Sosa calcula, a partir de ellas, que la casa es de la primera mitad del siglo XIX, tal vez de entre 1830 y 1850.

Por ejemplo, detalla el especialista, las vigas de los techos son las originales; la separación entre ellas es reducida, porque no se hacían cálculos estructurales y esa disposición proporcionaba mayor seguridad. Otro elemento es el tejamanil —las pequeñas tablas de los techos cuya función es protegerlos de la lluvia, el viento y el sol—, que ya no se usa por la gran cantidad de madera que requiere.

Por otro lado, la conformación del partido arquitectónico —que es como se vería la construcción desde el aire— es también un indicador. En este caso, se trata de un partido arquitectónico mixto: un patio en C, el principal y que mira hacia el oriente, y el segundo en forma de O que, por estar muy derruido, al restaurarlo se dejó en un partido arquitectónico en L. La disposición de los patios permitía que el sol calentara la casa, una condición indispensable en una ciudad que en el siglo XIX alcanzaba una temperatura máxima de 21 grados centígrados.

Méndez Sosa hace énfasis en los materiales utilizados —todos locales— y en los procesos constructivos de hace casi 200 años. En el piso del patio principal permanecen las piedras originales traídas de San Juan Huitzila, igual que permanece la madera de las vigas y del tejamanil, que provenía de los bosquecillos de Santiago Tlaxomulco.

Para el adobe, elemento esencial de las construcciones de la zona, la tierra se extraía de un sitio ubicado en la actual calle de Felipe Villanueva, en el tramo entre las avenidas Lerdo e Hidalgo, donde quedó una hondonada que lo demuestra.

Especialmente, el restaurador destaca el elemento base de la mixtura del adobe: tlazol de maíz (la cascarita de la caña), que se ponía a secar, se trituraba y se mezclaba con la tierra; también se utilizaba el ocoxal del árbol del ocote. Muchas veces se le agregaba estiércol, ciscos de carbón (que absorbían la humedad del ambiente), cal, arena del río Verdiguel y un mucílago, como la baba de nopal.

“Estas técnicas ancestrales —explica Enrique Méndez— provienen de las culturas indígenas que poseían una tecnología constructiva asombrosa. Todas están en la casa desde su origen y se utilizaron en la restauración, al igual que los materiales, que son todos de la región. Usarlos en la actualidad es una forma de honrar ese conocimiento y ese legado tan antiguo”.

Sobre los colores de los muros y otros elementos, el arquitecto señala que están inspirados en el trabajo de quien le enseñó el oficio: el reconocido Antonio Latapí, restaurador de sitios emblemáticos de la capital mexiquense, como el Museo Taller Nishizawa, el Museo Felipe Santiago Gutiérrez, el José María Velasco y el de Numismática, que ahora es el Museo Casa Toluca 1920.

Vida y estilo

Al entrar en un sitio como este, es inevitable tratar de imaginar la cotidianidad de quienes lo habitaron. Méndez Sosa contribuye a este ejercicio:

La vida de las familias transcurría en el piso superior. Lo que da a la calle seguramente fue la sala principal, donde se recibía a los invitados y se hacían las tertulias, y en la habitación contigua, más pequeña, los hombres se reunían después de la comida para jugar al póquer, beber y fumar.

Ese mismo pequeño salón se convertía en velatorio cuando había un difunto; ahí se exponía el féretro, se abrían las puertas y en la sala principal permanecían las personas que llegaban al funeral. Arriba también estaban los dormitorios, el comedor y, al fondo, la cocina.

En la planta baja, en los laterales del portón principal, que es el original, había locales comerciales y espacios conocidos como "crujías de servicio", y al fondo, en el segundo patio, se alojaba la servidumbre.

A cada lado de la escalera hay dos pequeñas piezas. Una de ellas probablemente era un frigorífico para conservar los alimentos y la otra tal vez el espacio de la carbonera, en tanto que la amplitud y altura de los arcos que llevan al segundo patio se debe quizá a que por ahí pasaban las calesas y las carretas de caballos.

Y así como no hay un dato preciso sobre la fecha de construcción de la casa, tampoco lo hay de su estilo arquitectónico, pero Enrique Méndez aclara la cuestión:

"En su interior, el estilo podría denominarse 'popular', ya que antecede a la renovación de la ciudad de finales del siglo XIX y principios del XX. Lo que se hizo en ese momento no fue demoler y empezar a construir, sino partir de lo que ya existía y solamente renovar las fachadas".

Sin embargo, en el entorno Toluca desarrolló un estilo arquitectónico particular, que Méndez Sosa explica así:

"Israel Katzman, en su libro *Arquitectura del siglo XIX en México*, dice que toda esa arquitectura fue ecléctica: ecléctica porfirista, ecléctica decó, etcétera. Yo le decía que la arquitectura de Toluca, tal vez de la época porfirista, es ecléctica, pero le añadía otro punto más: ecléctica regionalizada".

"El eclecticismo se da a finales del siglo XIX, porque tiene la intención de recuperar o mezclar varios estilos: el de los órdenes griegos, el de los órdenes romanos, del Renacimiento, inclusive elementos góticos. A esta ciudad le quedaron muy bien todos estos estilos. Ese es el eclecticismo que se utilizó en Toluca y que es un estilo particular de esta ciudad. No hay otra igual".

Y ese, para Enrique Méndez Sosa, es el meollo del asunto: que siendo una arquitectura tan interesante, que tenía una propuesta tecnológica, intelectual y plástica, no se haya conservado.

Por eso, Enrique Méndez pondera el que a la casa de Hidalgo 405, una de las pocas bien conservadas en un centro histórico que se deteriora día con día, se le haya devuelto su magnificencia:

"Es loable la sensibilidad de quienes en ese momento estaban al frente del Poder Legislativo para rescatar una casa del siglo XIX, comprarla, restaurarla, invertir lo necesario para ocuparla y darle un fin noble, como el de albergar una institución académica".

Una institución que, por cierto, se acerca a cumplir sus primeros treinta años de vida.

Referencias

Diálogo (2022) «Toluca la bella, la tacita de plata, cumple 500 años», pp. 77-81. Disponible en: https://legislacion.congresoedomex.gob.mx/storage/documentos/revistadialogo/RevistaDialogo09.pdf

García Luna Ortega, M. (2003) *La casa de la avenida Hidalgo Poniente 313*. 1.a ed. Toluca, México: LIV Legislatura del Estado de México.

Instituto Nacional de Antropología e Historia. Coordinación Nacional de Monumentos Históricos (sin fecha) «Ficha del Catálogo Nacional de Monumentos Históricos Inmuebles número I-15-00439». Disponible en: http://catalogonacionalmhi.inah.gob.mx/consulta_publica/detalle/32289.

Poder Edomex (2024) «La historiadora Pilar Iracheta comparte datos sobre la ocupación estadounidense en Toluca durante 1848», 13 mayo. Disponible en: https://poderedomex.com/la-historiadora-pilar-iracheta-comparte-datos-sobre-la-ocupacion-estadounidense-en-toluca-durante-1848/.